

# SÍMBOLOS Y SIGNOS CRISTIANOS, LITÚRGICOS Y RELIGIOSOS

## SEGUNDA PARTE<sup>1</sup>

7) *El incienso*: Es una resina de origen vegetal que al ponerse sobre brasas se convierte en humo de olor agradable. Ya se habló anteriormente de cómo en el culto de la Antigua Alianza había un altar en el que cada día se debía quemar incienso en honor de Dios (*Ex 30,7s*).

La combustión del incienso era un homenaje de suma reverencia y adoración que se ofrecía solamente a Dios, y era un oficio encargado a los miembros del sacerdocio aaronítico. Es significativo que los personajes orientales que vinieron a Belén a presentar su homenaje a Jesús recién nacido, le ofrecieran presentes de oro, incienso y mirra (*Mt 2,11*) dones que la tradición cristiana ha interpretado como un reconocimiento, respectivamente, de su dignidad real, de su condición divina y de su verdadera humanidad.

El humo perfumado del incienso se considera un símbolo de la oración, que “sube” a la presencia de Dios (*Sal 140,2; Ap 8,3s*).

En la liturgia se inciensan el Santísimo Sacramento, el libro de los santos Evangelios, la cruz, el altar, el cirio pascual, las sagradas imágenes, las reliquias de los santos, el Obispo o el presbítero que preside la celebración, el pueblo cristiano que participa en ella, y, al final de la liturgia exequial, el ataúd en que yace el cuerpo de un fiel difunto que en vida fue morada del Espíritu Santo y que está destinado a la resurrección en el día de la Parusía del Señor. Siempre, pues, como señal de honor y en estrecha relación con el Señor Jesús.

<sup>1</sup> Primera parte publicada en *CuadMon* 165 (2008), pp. 155-179. Ver allí datos biográficos en p. 155.



8) *La ceniza*: La ceniza es un símbolo natural de la fragilidad de los seres materiales: es lo que queda de ellos luego que sus cadáveres se han corrompido o después que han sido consumidos por el fuego. La ceniza es inconsistente y no es algo que concita el aprecio de las personas. En el *Antiguo Testamento* es símbolo de aflicción (*Gn* 18,27; *Jdt* 4,16; 7,4; *Est* 4,1.3; *Sal* 101,10; *Jr* 6,26; *Lm* 2,10; *Dn* 9,3). En el Nuevo Testamento es señal de penitencia (*Mt* 11,21; *Lc* 10,13).

En la liturgia de la Iglesia latina la imposición de la ceniza bendecida sobre la cabeza o sobre la frente de los fieles es el rito que da comienzo a la Cuaresma, precisamente el miércoles antes del primer domingo de dicho tiempo litúrgico marcado por un profundo sentido penitencial. Al imponerse la ceniza, el sacerdote repite las palabras bíblicas: “recuerda, hombre, que *eres polvo y al polvo has de volver*” (*Gn* 3, 19). Un mensaje, pues, de penitencia, de austeridad, de recuerdo de la fragilidad de todo lo transitorio y una invitación a poner el corazón, en medio de las vicisitudes de esta vida, en aquello que es permanente y que no pasará nunca.

9) *Las medallas*: Es bastante antigua la costumbre de los fieles de llevar consigo alguna medalla que representa alguna imagen sagrada o algún símbolo cristiano. Suelen ser hechas de metal y de variadas formas y tamaños. Expresan la devoción o afecto de quien las lleva consigo hacia nuestro Señor Jesucristo, la Santísima Virgen María o algún santo o bienaventurado. Los fieles consideran las medallas como una prenda de la protección de Dios a través de la invocación e intercesión de la Virgen María y de los Santos. No son amuletos ni objetos dotados de poderes mágicos, ya que su uso tiene como fundamento la fe y la confianza en Dios y no en supuestos poderes ocultos. La Iglesia bendice las medallas con un rito litúrgico oficiado por un sacerdote.

Entre las más antiguas medallas destaca la llamada “**medalla-cruz de San Benito**”. Tiene en el anverso la imagen del santo Patriarca de los monjes de occidente y en el reverso varias letras que son la abreviatura de un exorcismo contra Satanás. El texto no abreviado dice: “Cruz de nuestro Padre San Benito. La santa Cruz sea mi luz. No sea el demonio mi conductor. ¡Retírate, Satanás! No me aconsejes vanidades: son malas las cosas que ofreces. ¡Bébetes tú mismo tus venenos!”.

Desde que la Virgen María se apareció, en 1831, a la humilde Hija de la Caridad, santa Catalina Labouré, y le indicó cómo hacer confectionar una medalla en su honor, se ha propagado mucho ese objeto de devoción, llamado comúnmente la “**medalla milagrosa**” o “de la Virgen de los rayos”, por la imagen de María que lleva en el anverso y de cuyas manos salen haces de luces. Alrededor de la imagen de la Virgen se lee una inscripción que dice: “¡Oh María concebida sin pecado ruega por nos-

otros que recurrimos a Ti!”. Cuando Arturo Prat murió heroicamente sobre la cubierta del monitor Huáscar, llevaba sobre su pecho, junto con el escapulario del Carmen, la “medalla milagrosa”.

La otra medalla que es muy conocida y usada por los fieles es la así llamada “**medalla del escapulario**” porque, en virtud de una concepción de la Santa Sede, reemplaza al escapulario de género, distintivo de la cofradía de nuestra Señora del Carmen. La medalla del escapulario tiene en el anverso la efigie del Sagrado Corazón de Jesús y en el reverso la de nuestra Señora del Carmen.

*10) Los colores:* En la liturgia latina se usan, según las circunstancias, diversos colores de ornamentos.

El color **blanco** es señal de alegría. Se lo usa en las solemnidades del Señor y de la Virgen María y en las fiestas de los santos y bienaventurados que no son mártires.

El color **rojo** se usa en las celebraciones del Espíritu Santo, en el Domingo de Ramos, en el Viernes Santo y en las fiestas de santos o bienaventurados que murieron mártires.

El color **violeta** tiene una significación penitencial. Se lo emplea en las Misas de los tiempos de Adviento y Cuaresma, en las Misas votivas que tienen carácter penitencial y en las celebraciones de funerales. Los sacerdotes usan la estola morada para administrar el sacramento de la Penitencia o Reconciliación.

El color **verde** se usa en el tiempo litúrgico “durante el año”, siempre que el día en que se celebra no coincida con alguna fiesta que requiera otro color.

El color **negro** puede usarse en las Misas de funerales, pero ha prevalecido la costumbre de usar en ellas el color violeta.

En el tercer domingo de Adviento y en cuarto de Cuaresma, se pueden usar ornamentos de color **rosado**, como símbolo de un cierto paréntesis en el espíritu menos festivo o penitencial de esos tiempos litúrgicos.

En algunos lugares está permitido usar, en ciertas solemnidades de la Santísima Virgen María, ornamentos **celestes**, color que se asocia a la Madre de Dios.

### III) Gestos y posiciones

*1) Signarse:* Consiste en hacer la señal de la cruz llevando la mano derecha desde la frente hasta el pecho y desde el hombro izquierdo al derecho, mientras se dice: “en el nombre del Padre, y del Hijo + y del Espíritu Santo”. Es una profesión de fe en la Santísima Trinidad, en Dios Uno y

Trino, el Dios de los cristianos, cuya naturaleza no reconocen las otras religiones monoteístas, como lo son la religión judía y el Islam.

Los cristianos ortodoxos hacen, como nosotros, la señal de la cruz, pero llevan la mano primero al hombro derecho y enseguida al izquierdo.

2) *Persignarse*: Consiste en hacer tres veces la señal de la cruz, la primera sobre la frente, la segunda sobre la boca y la tercera sobre el pecho, mientras se dice, sobre la frente: “por la señal + de la santa Cruz”; sobre la boca: “de nuestros + enemigos”; sobre el pecho: “líbranos Señor + Dios nuestro”; y luego desde la frente hasta el pecho y desde el hombro izquierdo al derecho: “en el nombre del Padre, y del Hijo + y del Espíritu Santo. Amén”.

3) *Incensar*: Es mover el incensario, donde se está quemando el incienso sobre las brasas, hacia la persona u objeto a quien se ofrece el homenaje de la incensación. Ya antes se dijo, cuando se habló del incienso, a qué personas u objetos se ofrece este homenaje.

En los tiempos de las persecuciones, quienes deseaban obtener que los fieles apostataran de la fe, los inducían a ofrecer incienso a los falsos dioses como signo de abandono de la verdadera fe. Los judíos fieles rechazaron tales presiones (1 M 2,15-26), aún al precio de tener que sufrir la muerte y lo mismo hicieron los cristianos en la época de las persecuciones de los primeros siglos.

4) *Soplar*: Es un gesto simbólico que está relacionado con la acción del Espíritu Santo. Lo usó Jesús, en una de sus apariciones a los Apóstoles después de su resurrección, precisamente para significar que les confería el don del Espíritu Santo para que tuvieran el poder de perdonar los pecados (Jn 20,19-23). En la liturgia de la Iglesia latina el signo de soplar es usado por el Obispo sobre el óleo perfumado que está siendo bendecido como Santo Crisma, que se emplea en ritos muy vinculados con la acción del Espíritu Santo, como son el sacramento de la Confirmación y las ordenaciones de Obispos y presbíteros.

5) *Ungir*: Es el gesto simbólico de aplicar alguno de los Santos Óleos a alguna persona u objeto. Debe ser un gesto fácilmente perceptible de modo que evoque realmente aquello que el gesto significa: la cantidad de óleo que se aplica debe ser suficiente y no mezquina. Y valga lo mismo en cuanto al estado de limpieza de los Santos Óleos. La unción se hace normalmente con el dedo pulgar derecho del ministro sagrado que unge, pero en el caso de la unción de un nuevo altar suele hacerse con los dedos y palmas de ambas manos del Obispo que preside el rito de la dedicación. Lo que queda dicho sobre el gesto de ungir tiene estrecha relación

con las consideraciones hechas anteriormente cuando se habló de los Santos Óleos.

6) *El beso u ósculo*: El gesto de besar es polivalente: puede significar aprecio, afecto, amor, respeto o veneración y en las Sagradas Escritura hay ejemplos de todos esos sentimientos, los que, por lo demás, suelen entrecruzarse. Hay, por desgracia, un caso trágico en el que el beso, lejos de ser signo de amor, lo fue de una execrable traición: fue el beso que el apóstol Judas dio a Jesús como señal para que los esbirros del sanedrín lo apresaran en el huerto de los olivos (*Mt 26,47-49; Mc 14,43-45; Lc 22,47s*).

En la liturgia se saluda el altar y el libro de los santos Evangelios con un ósculo como señal de veneración, y se saludan entre sí los ministros sagrados y los demás fieles en el momento de darse el signo de la paz. También el Obispo que ordena un sacerdote intercambia con él un beso, luego de haber recibido del neopresbítero la promesa de obediencia. Durante mucho tiempo los fieles católicos acostumbraban, al saludar a un Obispo, besar su anillo como señal de respeto hacia quien es sucesor de los Apóstoles y al mismo tiempo como expresión de fidelidad a la Iglesia, simbolizada en el anillo episcopal. La piedad de los fieles suele expresar su amor y veneración besando las sagradas imágenes, el signo de la cruz, las reliquias de los santos y los santuarios en Tierra Santa. Como signo de su amor hacia todos los pueblos, el Siervo de Dios Juan Pablo II, besaba el suelo del país al que llegaba en sus incesantes viajes apostólicos. El Corazón de Jesús recomendó a santa Margarita María de Alacoque que besara la tierra en señal de humildad.

7) *La aspersión*: En varias celebraciones litúrgicas se usa “asperjar” a los fieles con agua bendita, especialmente los domingos antes de la celebración de la Santa Misa y durante la Vigilia pascual, luego de la bendición del agua bautismal. La aspersión, que es un recuerdo del bautismo y de la espiritualidad de consagración a la gloria de Dios, es también un rito de purificación de las infidelidades menores y cotidianas que afean la vida de los cristianos. Para hacer la aspersión se usa un manojo de pequeñas ramas o bien un instrumento de metal que tiene en un extremo una esfera hueca y perforada que conserva en su interior una pequeña cantidad de agua bendita que con el movimiento se hace caer sobre los fieles. También se asperjan con agua bendita los objetos que han sido bendecidos.

8) *La imposición de las manos*: Jesús empleó este gesto en varias ocasiones: para sanar enfermos (*Lc 13,13*) y para bendecir a los niños (*Mc 10,16*). Ya en los tiempos apostólicos, el gesto de la imposición de las manos estaba asociado a la transmisión de los ministerios eclesíasticos

(Hch 6,6; 1 Tm 4,14; 2 Tm 1,6).

El gesto de la imposición de las manos evoca la acción de Dios que viene de lo alto y es una forma de reconocer la gratuidad de los dones del Altísimo.

En la liturgia latina este gesto aparece en la celebración de todos los sacramentos. En el Bautismo el ministro impone su mano sobre el neófito y también toca el agua bautismal al bendecirla. En la Confirmación el ministro extiende sus manos sobre quienes han de recibir el sacramento y generalmente impone su mano sobre la cabeza del confirmando mientras unge con el Santo Crisma su frente. En la celebración eucarística el celebrante y los concelebrantes extienden las manos sobre el pan y el vino que han de ser consagrados, y, al final de la celebración, el celebrante principal imparte la bendición extendiendo las manos sobre los fieles antes de trazar sobre ellos la señal de la cruz. En el sacramento de la Penitencia o Reconciliación, el sacerdote extiende su mano derecha hacia el penitente, antes de recitar la fórmula de la absolución, trazando, mientras la recita, la señal de la cruz. En la Santa Unción el sacerdote hace sobre el enfermo una imposición de manos. En el sacramento del Orden la imposición de las manos del Obispo sobre el ordenando es parte esencial del rito sacramental. Cuando se ordena un Obispo, todos los Obispos que participan en la celebración imponen también las manos al que ha sido elegido para ejercer el oficio episcopal. En la ordenación de presbíteros, los demás sacerdotes que participan imponen sus manos sobre el o los recién ordenados, como signo de fraterna acogida en el presbiterio. En la celebración del Matrimonio, el sacerdote que la preside imparte la bendición nupcial extendiendo las manos sobre los recién casados.

9) *Las posiciones corporales:* Una experiencia común reconoce significados a las diferentes posiciones del cuerpo, aunque dichos significados puedan ser diversos en distintas culturas.

La posición **de pie** es un signo de respeto hacia la persona que se tiene delante o con respecto al acto en que se participa. El ángel Gabriel se apareció al sacerdote judío Zacarías, de pie a la derecha del altar del incienso (Lc 1,11); junto a la cruz donde moría Jesús, estaban de pie la Virgen María y el apóstol san Juan, el evangelista (Jn 19,25-27). Jesús mismo, mientras enseñaba en el Templo de Jerusalén, estaba de pie (Jn 7,37) y el vidente del Apocalipsis ve a Jesús como un Cordero de pie e inmolado (Ap 5,6; 14,1) y observa también a diversos ángeles de pie ante la presencia de Dios (Ap 7,11; 8,2s).

En la liturgia de la Iglesia latina corresponde estar de pie al comienzo de la celebración eucarística, mientras se recita o canta el

Gloria, durante la proclamación del Evangelio, mientras se recita o canta la profesión de fe –el Credo– y durante el Canon de la Misa, con excepción de la consagración y elevación, momentos en que la posición apropiada es estar de rodillas. También ha prevalecido la costumbre de recibir la Sagrada Comunión de pie, aunque no está excluido que se la pueda recibir de rodillas, si algún fiel así lo prefiere; en cambio no debe recibirse la Comunión estando el comulgante sentado. La bendición, al final de la Misa, se recibe de pie pero no está prohibido, si algún fiel lo prefiere, recibirla de rodillas. En la Vigilia pascual el pregón que se canta frente al cirio, se escucha de pie.

En la antigüedad estar de pie y con las manos elevadas era una actitud corriente de oración y en la actualidad, en algunas comunidades, se la usa para la recitación del Padrenuestro.

En diversos momentos de las celebraciones litúrgicas ha existido la costumbre de hacer una **inclinación** o reverencia con la cabeza: cuando se pronuncia el nombre santísimo de Jesús o el nombre de la Virgen María, o el del santo cuya fiesta se celebra en ese día. También se hace una inclinación cuando se pasa delante del altar, a menos que sobre él esté reservado el Santísimo Sacramento, caso en que corresponde hacer una genuflexión. Un grupo numeroso de fieles acostumbra hacer una inclinación de cabeza antes de recibir la Comunión del Cuerpo de Cristo y, precisamente cuando reciben el sacramento de pie, constituye un gesto muy significativo de respeto y adoración al Señor allí presente.

Hay otro gesto de profundo respeto que es la **genuflexión**. Consiste en doblarse hasta tocar el suelo, si es posible, con la rodilla derecha. Es un signo de adoración que se tributa a Dios: “ante mí se doblará toda rodilla”, dice el Señor (*Is* 45,24; *Rm* 14,11; *Flp* 2,10). Dios miró con profunda benevolencia a los siete mil israelitas que no habían doblado su rodillas ante los ídolos (*1 R* 19,18) y el libro de *Ester* anota la fidelidad del judío Mardoqueo que rehusó doblar la rodilla ante el opresor de su pueblo (*Est* 3,29).

Es apropiado hacer una genuflexión al pasar ante el tabernáculo donde está reservado el Santísimo Sacramento y es la posición correcta durante la consagración y elevación de la hostia y del cáliz en la celebración de la Santa Misa. El día Viernes Santo se hace genuflexión delante de la Santa Cruz, y siempre se hace esta señal de especial reverencia delante de las reliquias de la verdadera Cruz de Cristo.

Recordamos con profundo dolor el uso sacrílego que los soldados hicieron de la genuflexión para burlarse de Jesús (*Mt* 27,29).

Parecida a la genuflexión simple es la **genuflexión doble**. Consiste en hincarse con las dos rodillas y hacer con el cuerpo una profunda inclinación. Es un signo de la más profunda reverencia y adoración.

Lo hacen el sacerdote y los fieles cuando el Santísimo Sacramento está expuesto para la adoración de los fieles, especialmente antes de ofrecerle el homenaje de la incensación.

La posición **de rodillas** es también un signo de especial respeto y reverencia y expresa, de parte de quien la adopta, una actitud de profunda humildad interior que acompaña, a veces, una súplica llena de confianza. Fue, en el Antiguo Testamento, la actitud del sacerdote judío Esdras, al presentar su súplica afligida a Dios (*Esdr* 9,5), la del leproso que pedía a Jesús su curación (*Mc* 1,40), la de Pedro, reconociéndose pecador (*Lc* 5,8), la de san Pablo orando por los que había evangelizado (*Ef* 3,14).

En la liturgia de la Iglesia la posición de rodillas corresponde cuando se está ante el Santísimo Sacramento expuesto a la adoración de los fieles, y es la actitud correcta durante la consagración y la elevación de las especies eucarísticas. Cuando un cristiano se acerca al sacramento de la Penitencia o Reconciliación, se coloca de rodillas ante el sacerdote. Quien ha sido ordenado sacerdote, se coloca de rodillas delante del Obispo que lo acaba de ordenar, para hacer la solemne promesa de obediencia. Los recién casados reciben de rodillas la bendición nupcial.

Los fieles emplean con frecuencia la posición de rodillas para sus oraciones privadas, y lo hacen como expresión de reverencia ante la majestad de Dios a quien se dirigen nuestras plegarias.

La **postración** es una posición que consiste en estar acostado sobre el suelo, boca abajo y es expresión de la más profunda humildad, de anonadamiento ante Dios y de estupor ante la gratuidad de sus dones. Es una posición cuyo uso no es muy frecuente en la liturgia romana. Están postrados ante el Obispo que los ordena, los candidatos al diaconado, al presbiterado y al episcopado, mientras se cantan las letanías de todos los santos. En este caso significa reconocer que el don del ministerio que se recibe mediante el sacramento del Orden es gratuito e inmerecido y expresa, al mismo tiempo, la humilde súplica a Dios, apoyada en la intercesión de todos los santos, a fin de que Él sostenga a sus ministros en el desempeño de sus oficios, de forma que su servicio eclesial sea fecundo y dé frutos de santidad.

En el oficio litúrgico del Viernes Santo, el sacerdote celebrante, hace, al comienzo de la celebración, una **postración en señal de adoración** del misterio de la redención realizado por Jesucristo mediante su muerte en la Cruz.

En el ceremonial que se usa en algunas familias religiosas para la **profesión solemne** o perpetua de sus miembros, se emplea también la **postración** y en ese rito la actitud de profunda humildad es un reconocimiento de que la ofrenda de la propia vida en el estado religioso es posi-



ble solamente porque se ha recibido un llamado de Dios y la gracia para responder a él.

Aunque no es propiamente una “posición” corporal, parece natural mencionar aquí un signo religioso conocido y que es **golpearse el pecho**. En la parábola del fariseo y del publicano, Jesús dice que este último se golpeaba el pecho, reconociéndose como un pobre pecador que imploraba la misericordia de Dios (*Lc* 18,13). La gente que había asistido a la crucifixión de Jesús, se retiraba del lugar, golpeándose el pecho (*Lc* 23,48).

El gesto de golpearse el pecho simboliza reconocer nuestra condición de pecadores y, al mismo tiempo el pesar, dolor y arrepentimiento por haber ofendido a Dios.

En la liturgia eucarística el sacerdote celebrante, y también los fieles, se golpean el pecho al comienzo de la Santa Misa, al recitar, como acto penitencial, el “Yo pecador”; luego, cuando durante el canon romano, recita la oración que comienza con las palabras “también a nosotros, pecadores” y repite ese mismo gesto simbólico antes de comulgar, cuando hace suyas las palabras del centurión, diciendo “Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa, pero di una sola palabra, y mi alma sanará” (cf. *Mt* 8,8).

Queda aún un gesto o movimiento que en ciertos lugares, especialmente andinos, es muy relevante y está profundamente arraigado en la piedad popular: son las **danzas** y **bailes** religiosos. Los bailes y las danzas son expresiones que, en forma general, transmiten un sentimiento humano de emoción y de alegría, de entusiasmo y regocijo, aunque a veces tienen, por desgracia, una connotación erótica que no estimula las actitudes más nobles del ser humano. Es sabido que ciertas formas de danza alcanzan un muy elevado nivel artístico y estético.

Aunque esta expresión de fe resulta inusual y a veces incluso poco comprensible para personas ajenas a las culturas donde ella ha tenido su origen y desarrollo, no se puede ignorar que existe en la Sagrada Escritura un ejemplo muy significativo de baile religioso. Parece conveniente por los mismos textos bíblicos que se refieren al traslado del Arca de la Alianza del Antiguo Testamento, primero desde la casa de Abinadab a la de Obedom y enseguida de la de Obedom a la ciudad de David. Del primer traslado leemos *David y toda la casa de Israel bailaban delante de Yahveh*—el nombre de Dios en hebreo— *con todas sus fuerzas, cantando con cítaras, arpas, adufes, sistros y cimbalillos* (2 S 6,5; 1 Cro 13,8). Con respecto al segundo desplazamiento, dice la Escritura que *David hizo subir el Arca de Dios de la casa de Obedom a la Ciudad de David, con gran alborozo...David danzaba y giraba con todas sus fuerzas ante Yahveh...David y toda la casa de Israel hacían subir el Arca de Yahveh entre clamores y resonar de cuernos músicos* (2 S 6,12.14s). Aquí sigue un texto que hace meditar: *Mikal, esposa de David e hija de Saúl, que estaba mirando por la ventana,*

vio al rey David girando y saltando ante Yahveh y le despreció en su corazón... Cuando volvió David (del traslado) para bendecir su casa, Mikal, hija de Saúl y esposa suya, le salió al encuentro y le dijo: ¡Cómo hoy se ha cubierto de gloria el rey de Israel descubriéndose hoy delante de las siervas de sus empleados, como se descubriría un cualquiera! Respondió David a Mikal: en presencia de Yahveh danzo yo. Vive Yahveh, el que me ha preferido a tu padre (Saúl) y a toda tu familia para constituirme conductor de Israel, el pueblo de Yahveh, que yo danzaré ante Yahveh y me haré más vil todavía; seré vil ante tus ojos, pero seré honrado ante las siervas de que hablas (2 S 6,16.20-22; 1 Cro 15,29). Son palabras de la Santa Escritura que invitan a respetar las expresiones religiosas de quienes, en la simplicidad de su corazón, ofrecen a Dios el homenaje de los movimientos rítmicos de sus cuerpos y del desgaste de sus fuerzas físicas.

10) *El silencio*: Aunque propiamente el silencio no es un gesto ni una posición corporal, es este tal vez el lugar apropiado para hacer alguna referencia a él. Es claro que el silencio y la soledad son elementos que favorecen la oración, como ejercicio de colocarnos en la presencia de Dios para escuchar, en la intimidad, su palabra portadora de verdad y de salvación. Moisés oró en la soledad del Sinaí (*Ex* 19,7.19-24; 34,1ss) y allí Dios se le comunicó. Ana, la madre del profeta Samuel, oró en silencio delante del Arca, exponiendo a Dios su aflicción (*1 S* 1,13). Los santos Evangelios hacen varias referencias a la oración de Jesús, subrayando que se entregaba a ella de noche y en algún lugar solitario (*Mt* 6,5ss; 14,22; *Mc* 1,35; *Lc* 5,16; 6,12; *Jn* 6,13). Es cierto que estas referencias se aplican directamente a la oración personal y a ella alude Jesús cuando recomienda: “Tú, cuando ores, entra en tu pieza y, cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en lo secreto” (*Mt* 6,6), pero no es menos cierto que el recogimiento y un ambiente silencioso constituyen una poderosa ayuda para que la oración litúrgica, que es por naturaleza comunitaria, se defienda del riesgo de ser una mera exterioridad mecánica, carente de espíritu religioso (*Mt* 6,7ss). En los monasterios que siguen la *Regla de san Benito*, existe la costumbre milenaria de que los monjes, convocados por el son de la campana a la recitación o canto del Oficio Divino, permanezcan unos minutos en el claustro, en profundo silencio, preparándose con recogimiento para los oficios litúrgicos. El Concilio Vaticano II, por su parte, y precisamente en el lugar en que habla de la participación activa del pueblo de Dios en la celebración litúrgica, da una disposición que es mucho más que una simple recomendación dejada al arbitrio de cada cual: “*Obsérvese, además, a su debido tiempo, el silencio sagrado*” (*SC*, n. 31). Quizás sea ésta una de las normas del Concilio a la que menos atención se presta y que menos se cumple, posiblemente por el “apuro” de termi-

nar pronto ya que tenemos tantas cosas urgentes que hacer y más importantes que la celebración litúrgica.

¿Cuáles son esos “debidos tiempos” en que hay que guardar el sagrado silencio?

Tratándose de la celebración del Sacrificio Eucarístico, el silencio debe preceder al comienzo de la celebración, de modo que el o los celebrantes y los ministros guarden silencio en la sacristía, antes de ingresar al templo. Durante la celebración misma, debería haber un breve espacio de silencio luego de cada lectura, o al menos luego de la lectura del santo Evangelio o de la subsiguiente homilía. En el momento en que el sacerdote eleva las especies del pan y del vino consagrados, el pueblo cristiano debería participar con un silencio de profunda adoración. Después de la distribución de la Sagrada Comunión, debería haber también un espacio de silencio que favoreciera el diálogo íntimo con el Señor Jesús de quienes han recibido su santísimo Cuerpo y Sangre. En otras celebraciones los momentos de silencio tienen su lugar en forma analógica de los que se deben observar en la celebración de la Santísima Eucaristía

#### IV) Desplazamientos

1) *Las procesiones*: Son un grupo de personas que se ponen en movimiento ordenadamente y con espíritu religioso, sea conduciendo en un anda una imagen sagrada, o bien orando y cantando para implorar de Dios algún beneficio o la liberación de un peligro o calamidad. Quienes toman parte en una procesión lo hacen caminando a pie y en ese sentido esa expresión religiosa es una imagen de la vida cristiana que es un “caminar” a través de las vicisitudes de esta vida terrenal hacia nuestro destino final, que es el Reino de Dios en la gloria de los cielos. Es muy significativo el uso que hace el libro de los *Hechos de los Apóstoles* de la palabra “camino” para referirse al cristianismo: la vida cristiana es el camino que conduce a Dios (*Hch* 9,2; 18,20; 19,23; 22,4; 24,22). La procesión avanza y no se trata sólo del avance de cada persona sino del conjunto de los participantes, y en tal sentido es una sugestiva imagen del Pueblo de Dios “en movimiento”.

Es costumbre que a la cabeza de la procesión vaya la **cruz procesional** o “cruz alta”, llamada así porque está sobre un asta de madera o metal que la hace sobresalir por encima de las personas que van en movimiento.

En la liturgia romana antigua existía la costumbre, en tiempo de cuaresma, de reunirse los fieles en una determinada iglesia y dirigirse desde allí a otra iglesia relativamente vecina para celebrar en ella la Santa Misa. Actualmente, cuando se celebra con cierta solemnidad, el sacerdo-

te celebrante y sus ministros hacen una entrada procesional. También se hace en la celebración eucarística una pequeña procesión en el momento del ofertorio, cuando los fieles presentan las ofrendas, especialmente el pan y el vino que van a ser consagrados.

Entre todas las procesiones destaca la que se celebra en la solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo. En dicha procesión el Obispo o el sacerdote que la preside lleva la **custodia** u ostensorio en el que está la hostia consagrada y hace un recorrido, más o menos largo, por las calles de la ciudad, acompañado de otros sacerdotes, ministros y fieles que con sus oraciones y cantos expresan su fe en la presencia real de Cristo en el Santísimo Sacramento. Como un especial signo de respeto y adoración a Jesús allí presente, el sacerdote que lleva en sus manos la custodia va cubierto con el **palio**, que es un dosel extendido y sostenido por cuatro o seis varas que son sostenidas por otros tantos portadores, oficio que ellos consideran, y con razón, como un señalado honor.

La **procesión de Corpus** es un homenaje a Jesucristo y una expresión de la convicción de los cristianos de que ninguna realidad humana debe estar ajena al señorío de Dios y al Evangelio, precisamente para el bien de cada persona y de la sociedad. Naturalmente los cristianos no tratamos de imponer por métodos violentos nuestras convicciones, ni atropellar a quienes piensan erradamente de otro modo: creemos en la fuerza y en el atractivo de la verdad y, sobre todo, en el poder de la gracia de Dios.

La piedad popular se expresa frecuentemente por medio de procesiones que se realizan en distintas oportunidades, sobre todo en las fiestas patronales, y que suelen llevar el sello de la cultura local en la música, las vestimentas, las danzas y los adornos con que se realza la imagen u objeto religioso que se lleva en procesión.

2) *Las peregrinaciones*: No pocos cristianos, movidos por su sentimiento religioso, suelen emprender una peregrinación, es decir un viaje, más o menos largo, para llegar a un lugar o a un santuario que atraen por el estímulo de fe que representan. A diferencia de las procesiones, que son siempre un acto comunitario, la peregrinación puede ser realizada individualmente, aunque pueda también ser hecha en grupo.

También la peregrinación, por ser un “movimiento” o un “desplazamiento”, es una imagen de la Iglesia que, en este mundo, es peregrina: mientras vivimos en nuestro cuerpo mortal, estamos lejos del Señor porque no tenemos aún la plena posesión de la bienaventuranza (2 Co 5,6). Los patriarcas “*murieron en la fe, sin recibir las promesas pero viéndolas desde lejos, y saludándolas, y reconociéndose peregrinos y huéspedes sobre la tierra... dando entender que buscaban la patria*” (Hb 11,13ss.). San Pedro amonesta a los cristianos diciéndoles: “*les ruego, carísimos, que, como pere-*

*grinos y extranjeros, os abstengáis de los apetitos carnales que combaten contra el alma*” (1 P 2,11). Un escritor del siglo II, Diogneto, dice que los cristianos vivimos en nuestra patria como peregrinos y en cualquier lugar como ciudadanos. Para el cristiano la verdadera patria es el Reino de los cielos, lo que no significa, en modo alguno, que tengamos derecho de desentendernos de nuestras responsabilidades en esta tierra.

En los tiempos del Antiguo Testamento, los judíos solían peregrinar al lugar donde se encontraba el Arca de la Alianza, centro del culto litúrgico de Israel, como lo hacían los padres del profeta Samuel (1 S 1,1-3) y la Virgen María y su esposo, san José (Lc 2,41). El mismo Jesús solía ir a Jerusalén con ocasión de la fiesta de la Pascua judía (Mt 26,2.17; Mc 14,16; Lc 22,11.15; Jn 18,39).

Ya establecido el cristianismo, comenzó a practicarse la **peregrinación a los Santos Lugares**, es decir, a los sitios, principalmente en Palestina, donde Jesús vivió, predicó el Evangelio, sufrió su sagrada Pasión y muerte y resucitó gloriosamente del sepulcro. No cabe duda que la peregrinación a Tierra Santa es la más importante y espiritualmente la más provechosa que un cristiano pueda realizar. Con el correr de los siglos se han ido consolidando muchos otros lugares de peregrinación y entre ellos Roma, por haber sufrido allí el martirio los Apóstoles san Pedro y san Pablo así como numerosísimos cristianos en los primeros siglos. Se va a Roma en peregrinación porque su Obispo es el sucesor de san Pedro, tanto en sus responsabilidades para con esa iglesia particular, como en su calidad de garante de la unidad en la fe y del buen orden eclesial de todas las iglesias esparcidas por el mundo. Desde hace siglos, todos los Obispos católicos tienen la obligación de visitar cada cinco años los sepulcros de los santos Apóstoles Pedro y Pablo, y de informar al Papa acerca del estado de las Iglesias confiadas a su celo y cuidado pastoral.

Hay en el mundo numerosísimos lugares que son meta de incesantes peregrinaciones. Algunos están relacionados con apariciones de la Santísima Virgen María, como Guadalupe, Lourdes y Fátima; otros porque allí se veneran los restos mortales de algún santo, como los del Apóstol Santiago en Compostela, los de san Francisco y de santa Clara en Asís, los de san Benito y santa Escolástica en Montecasino, los de san Pío de Pietrelcina en San Giovanni Rotondo, los de san Martín en Tours, los de santa Teresa del Niño Jesús en Lisieux y tantísimos otros imposibles de enumerar.

## V) Vestiduras litúrgicas, hábitos religiosos y votivos e insignias

La vestimenta es un hecho humano universalmente difundido en todas las culturas, con excepción de algunos pueblos muy primitivos, y

tiene varios orígenes. Desde luego es, con frecuencia, una defensa contra las inclemencias del tiempo: el excesivo frío o calor. Es también un signo de status social, de rango y de bienestar económico. Tiene no pocas veces una connotación estética. Es un elemento que constituye una protección del pudor, actitud que favorece el respeto y delicadeza debidos al ámbito de la sexualidad. Ciertas vestimentas indican un oficio en la sociedad, como las que suelen usar ciertas autoridades civiles o religiosas. Los “uniformes” militares o de ciertas asociaciones facilitan la individualización de las personas que pertenecen a dichos grupos y lo mismo vale de las insignias. A continuación se describen diversas vestiduras que pertenecen al campo litúrgico o religioso.

1) *Vestiduras litúrgicas*: En el Antiguo Testamento hay descripciones detalladas de la indumentaria litúrgica de los sacerdotes del culto de la Antigua Alianza (*Ex* 28,1-41; 39,1-32; *Lv* 8,7-13). Conviene leerlas para percibir mejor la voluntad de Dios que desea la santidad de sus sacerdotes (*Lv* 21,1-24). Con mucha probabilidad esos textos bíblicos, leídos a la luz de la plenitud de la revelación en la Nueva Alianza, dieron origen a las vestimentas litúrgicas que, paulatinamente, se fueron introduciendo en el culto cristiano. En el fondo se trata de signos que subrayan el sentido de lo sagrado que es la médula del culto y que constituye el meollo de la vida cristiana: vivir en Dios y para Dios (*Rm* 14,8). En realidad para el cristiano nada es “profano” porque nuestra vida está, desde el bautismo, consagrada a la gloria de Dios.

El **amito** es un paño blanco que el Obispo, sacerdote o diácono colocan sobre su cabeza y luego bajan alrededor del cuello, antes de revestirse con el alba. La oración que se recita al colocárselo, implora la protección de Dios contra las insidias del demonio.

El **alba** es una túnica de género blanco, con mangas, y que cubre todo el cuerpo hasta poco arriba de los pies. Al revestirla, el Obispo, sacerdote o diácono, piden a Dios que purifique su corazón por los méritos de la preciosa Sangre de Cristo, el Cordero inmaculado, a fin de poder gozar un día de la bienaventuranza eterna. Siempre deben usarla el celebrante, los concelebrantes y diáconos en la celebración de la Santa Misa. También pueden usarla los acólitos.

El **sobrepelliz** o **cota** es una túnica también blanca y con mangas, pero más corta pues llega hasta la rodilla aproximadamente, y se revisita sobre la sotana. Se usa en diversas celebraciones litúrgicas y su simbolismo es el mismo que el del alba. La emplean los sacerdotes y diáconos, y también los acólitos.

El **roquete** es una túnica corta, similar al sobrepelliz o cota, pero cuyas mangas son más estrechas. Lo usan los Obispos y otros sacerdotes

que han recibido del Papa una dignidad prelaticia.

El **cíngulo** es un cordón con el que se ajusta o recoge el alba. Al ponérselo, el ministro recita una oración en la que pide a Dios que extinga en él la concupiscencia, a fin de poder vivir practicando la continencia y la castidad.

La **dalmática** es el ornamento propio de los diáconos, especialmente cuando ejercen su ministerio en la celebración del Sacrificio eucarístico. Es una especie de túnica hecha de un género semejante al que se emplea para confeccionar las casullas. Es relativamente corta, pues no sobrepasa las rodillas, y tiene habitualmente mangas que no sobrepasan el codo. Cuando el Obispo celebra con especial solemnidad, particularmente en la administración del sacramento del Orden, debajo de la casulla se reviste también de una dalmática, como signo de que en él reside la plenitud del ministerio. Al revestirse con la dalmática, el ministro se refiere a ella como a una “vestimenta de salvación y de alegría”.

La **estola** es un ornamento litúrgico propio de los ministros de la Iglesia que han recibido el sacramento del Orden. Probablemente tiene su origen en una especie de bufanda que usaban en el Imperio romano algunos altos dignatarios. Consiste en una cinta o banda relativamente ancha que los Obispos y presbíteros usan colgando desde el cuello y que cae por delante hasta la altura de las rodillas, aproximadamente. Los diáconos la usan terciada, cayendo desde el hombro izquierdo hasta la cadera derecha. Al ponérsela, el ministro ruega a Dios que le devuelva la vestidura de la inmortalidad que perdimos por el pecado de los primeros padres en el paraíso de tal modo que ejercitando, aunque sin ser digno, el sagrado ministerio, merezca alcanzar las alegrías eternas. La estola se usa siempre en todas las bendiciones que un ministro imparte en nombre de la Iglesia y, especialmente en la celebración de la Santa Misa.

La **casulla** es el ornamento que cubre todos los demás (amito, alba, cíngulo y estola) en la celebración de la Santísima Eucaristía. La usan solamente los Obispos y los presbíteros o sacerdotes, pero no los diáconos. Su forma ha cambiado en el correr de los siglos: ha sido en algunas épocas más bien “tableada” y en otras tuvo la forma de un manto ovalado que cae tanto por la espalda como por delante del pecho, hasta más debajo de las rodillas. El sacerdote, al revestirse de ella, recita una oración en que reconoce que el yugo del Señor es suave y liviano, y pide a Dios alcanzar su gracia.

La **capa de coro** o **capa pluvial** es una vestimenta amplia, en forma de capa y que cae casi hasta el suelo, tanto por la espalda como por delante. Es probable que en su origen haya sido, como lo dice su nombre, un modo de protegerse de la lluvia. Actualmente es un ornamento que se usa sobre el sobrepelliz o sobre el alba, el cíngulo y la estola, en ocasiones solem-

nes, como son la bendición con el Santísimo Sacramento y en las procesiones. Cuando se lleva en procesión el Santísimo Sacramento, el sacerdote toma el ostensorio con las manos cubiertas con el **pañó** o **velo humeral**.

Agreguemos aún el **traje coral** que usan los Cardenales y Obispos cuando participan, sin presidirlas, en ciertas celebraciones litúrgicas. Sobre la sotana, roja o morada, se reviste el roquete y, sobre él, la muceta, que es una capita muy corta, que no sobrepasa los codos. Sobre la muceta se coloca la cruz pectoral, pendiente de un cordón o de una cadena.

Queda todavía por mencionar la blanca **túnica bautismal** que, aunque no es propiamente un “ornamento”, es un símbolo muy importante que se impone al recién bautizado y que representa la limpieza del alma de quien ha recibido el bautismo y con él la justificación y el perdón de los pecados personales que haya podido cometer. Expresa el compromiso del bautizado de conservar intacta, hasta la muerte y, consiguientemente hasta la vida eterna, la pureza bautismal.

2) *Los hábitos religiosos y vestimentas afines*: Con mucha frecuencia las familias religiosas, hasta tiempos bastante recientes y aún algunas hasta nuestros días, han usado, como distintivo de la propia identidad, un **hábito** o vestimenta, que solía ser diferente para cada Orden o Congregación. Los religiosos nutrían y nutren especial amor a su hábito y sus restos mortales eran y son habitualmente sepultados vestidos con el santo hábito.

No pocos laicos que son afines a la espiritualidad de alguna Orden religiosa y adhieren a ella como miembros de su Orden Tercera o de alguna Cofradía afín, suelen llevar como signo de su afiliación un **escapulario** que consiste en dos trozos de tela que cuelgan, bajo la ropa, uno ante el pecho y el otro por la espalda. El escapulario es signo de adhesión a la particular espiritualidad de una familia religiosa.

Faltan aún por mencionar los **trajes** o **hábitos votivos**. Son vestimentas, generalmente introducidas por la piedad popular, para cumplir una promesa hecha a la Santísima Virgen o a algún santo. Son de muy variadas formas y colorido y quienes los llevan lo hacen con un profundo espíritu religioso, siendo muy frecuente que, antes de usarlos, pidan a un sacerdote que los bendiga.

3) *Las insignias*: Son elementos simbólicos que tienen el carácter de un distintivo y que se usan como signos de un cargo u oficio.

El **birrete** es un sombrero, confeccionado de paño negro, que tiene la parte inferior ovalada, como es la forma de la cabeza, y la parte superior cuadrada, con tres “aletas”. Hasta hace algunos decenios, lo usaban los sacerdotes cuando se dirigían desde la sacristía al altar para celebrar la Santa Misa. También se usa durante el canto solemne de la Liturgia



de las Horas u Oficio divino, así como para escuchar las lecturas litúrgicas o las homilías.

Actualmente lo emplean los Obispos cuando usan el traje coral, y es de seda morada. También lo usan, y con mayor frecuencia, los Cardenales, y en tal caso es de seda roja ondeada o *moiré*. Para los Cardenales el birrete es un signo característico pues cuando el Papa crea un Cardenal, el símbolo de conferirle tal dignidad consiste precisamente en imponerle el birrete cardenalicio.

Los Obispos y Cardenales usan, en los actos litúrgicos y también en otras circunstancias de cierta solemnidad, un pequeño sombrero en forma de media naranja que se llama **solideo**. En otros tiempos lo usaban permanentemente y sólo se lo quitaban delante del Santísimo Sacramento y de ahí su nombre: se quita “sólo delante de Dios”, *soli Deo*.

La **mitra** es un sombrero con dos puntas, una en la parte delantera y otra en la parte posterior y con dos cintas llamadas “ínfulas” que caen por la espalda. Es un ornamento propio y distintivo de los Obispos, aunque el Papa ha concedido excepcionalmente a otros sacerdotes que puedan usarla, como es el caso de los abades y de los Cardenales que no son Obispos. Según las circunstancias en las celebraciones litúrgicas, se usa una mitra adornada, llamada “preciosa”, o bien blanca y sin adornos. La mitra blanca se usa en las liturgias exequiales o de funerales, o cuando los Obispos concelebran con el Papa. La mitra blanca de los Cardenales es de género damasquinado. La oración con que se bendice la mitra implora a Dios el don de la santidad para el prelado que la va a usar.

El **báculo** es un bastón alto que se lleva en la mano izquierda y que simboliza la responsabilidad pastoral del Obispo con respecto a los fieles confiados a su cuidado apostólico. Tradicionalmente usan también el báculo los abades, aunque no sean Obispos.

El simbolismo del báculo evoca con fuerza la identidad de Jesús como buen Pastor (*Jn* 10,1-16; *1 P* 5,1-4), completamente opuesta a la del mercenario que sólo busca sus ventajas y provechos personales, y es incapaz de dar su vida por sus ovejas. De por sí, la plena significación del báculo se verifica en el Obispo diocesano y en el territorio de la Iglesia particular en la que él es vicario de Cristo, pero actualmente es bastante habitual que los Obispos puedan usarlo también fuera de la propia diócesis. Cuando varios Obispos concelebran, sólo uno puede usar el báculo.

En la Sagrada Escritura hay algunas menciones de **anillos**, pero ninguna de ellas referida a su uso por autoridades religiosas. El Faraón le da su propio anillo a José, como símbolo de la gran autoridad que le confería sobre todo Egipto (*Gn* 41,41ss). El edicto a favor de los judíos promulgado por el rey Asuero a favor de los judíos a instancias de la reina Ester, fue refrendado y sellado con su anillo (*Est* 8,8). La piedra con que

cerraron el foso de los leones, al que había sido arrojado el profeta Daniel fue sellada con el anillo del rey Darío y con los de sus dignatarios (*Dn* 6, 17 y también 14, 11.14). Se trata, pues, de un símbolo de autoridad y de autenticidad. En el Nuevo Testamento, el anillo es mencionado dos veces. La primera cuando al regreso del hijo pródigo, su padre lo acoge misericordiosa y amorosamente y, como señal de su perdón y de su alegría por haberlo recuperado sano y salvo, manda vestirlo con una rica túnica y poner en su mano un anillo (*Lc* 15,22). La segunda vez, el anillo es una señal de la distinción o importancia de un comensal (*St* 2,2).

Desde tiempos muy antiguos, los Obispos de rito latino llevan en el dedo anular de la mano derecha un **anillo** que simboliza el **desposorio de Cristo con la Iglesia** (*Ef* 5,22-33) es un signo de la fidelidad que se les exige y de su total consagración al oficio pastoral, sin escatimar esfuerzos ni sacrificios, como un buen esposo y padre lo hace con su familia. Es también un símbolo de su autoridad pastoral, ejercida en nombre de Jesucristo y con criterios evangélicos y no meramente humanos. Los fieles, en señal de amor a la Iglesia y de respeto hacia quién ejerce la autoridad pastoral, suelen besar el anillo del Obispo al saludarlo. El Obispo debe usar siempre su anillo, con la sola excepción de la celebración de la Liturgia del Viernes Santo, cuando se conmemora la muerte de nuestro Señor Jesucristo, el Esposo de la Iglesia.

En muchas regiones, quienes están unidos en matrimonio, usan un anillo sencillo, igual para ambos esposos. Los **anillos nupciales** son hechos, generalmente, de un metal noble que no se altera y representan la fidelidad en el amor y la indisolubilidad del matrimonio de por vida. La infidelidad al esposo o a la esposa es un grave pecado que menosprecia el reflejo del amor de Cristo por la Iglesia que es la esencia del matrimonio cristiano (*Ef* 5,22-33). Ese amor sacrificado y generoso, santificado por el sacramento del matrimonio, está llamado a producir frutos de santidad tanto en los esposos como en los hijos con que Dios bendiga su amor. Los anillos nupciales son bendecidos por el sacerdote o el diácono, en la ceremonia de compromiso o promesa de matrimonio (la que no es aún definitiva), y luego, en el rito sacramental de la celebración del matrimonio. No son, pues, un mero adorno, sino un signo sagrado de profundo contenido.

En muchos Institutos religiosos femeninos se entrega a la hermana que hace su profesión solemne o perpetua, un **anillo que simboliza sus místicas nupcias** con Cristo, el Esposo de la Iglesia (*Ef* 5,25-32). Para la religiosa el anillo de su profesión, que lleva en su mano derecha, es un recuerdo permanente del llamado gratuito que le hizo el Señor a consagrarse a Él en el estado religioso y un aliciente para conservar y acrecentar, con una fidelidad sin reservas y sostenida por la fuerza del Espíritu Santo, la gracia de la vocación a la consagración religiosa que es un cami-

no especial a la santidad a la que están llamados todos los cristianos, cada cual en su propio estado, en virtud de la consagración bautismal.

Desde hace siglos los Obispos suelen llevar, pendiente de una cadena y sobre el pecho, una cruz que se llama, por eso, **cruz pectoral**. Durante mucho tiempo fue una cruz sin la efigie de Jesús crucificado, pero actualmente es muy frecuente que sea un crucifijo. Cuando es una cruz sin efigie, suele ser adornada con piedras preciosas o semipreciosas como signo del triunfo de Cristo sobre el poder del Maligno. En otros tiempos se procuraba que la cruz pectoral de los Obispos contuviera reliquias del cuerpo de algún santo. Los Obispos usan la cruz pectoral sobre la casulla cuando celebran la Santa Eucaristía.

Los Arzobispos metropolitanos, es decir los que son cabeza de una provincia eclesiástica compuesta por varias diócesis, reciben del Papa el **palio**, que es una cinta de lana blanca bordada con varias cruces de lana negra y que simboliza la participación que el Papa les concede en su autoridad en el ámbito territorial de la provincia eclesiástica en que son metropolitanos.

## VI) Símbolos ornamentales

Se trata de figuras o imágenes, frecuentemente estilizadas, que evocan los misterios de la fe cristiana. No se puede hacer un elenco exhaustivo de estos símbolos, pues los artistas cristianos han desarrollado un gran número de ellos. Aquí se recuerdan y explican sólo algunos, los que parecen más importantes.

El **Cordero** evoca el nombre que Juan Bautista dio a Jesús (*Jn* 1,29. 36; también *1 P* 1,19; *Hch* 8,32) y que aparece muchísimas veces en el *Apocalipsis* (*Ap* 5,6.12s; 6,16; 7,9s. 14.17; 12,11; 13,8; 14,1.4s.10; 15,3; 17,14; 19,7.9; 21,9.14.22s.27; 22,1.3.14). La imagen del cordero sugiere con fuerza el carácter sacrificial de la muerte de Cristo, tema que está bien presente en las Sagradas Escrituras y por lo mismo es frecuente su uso en ornamentos, altares y en otros elementos litúrgicos.

El **pez** es un símbolo que requiere una explicación a partir de la lengua griega y teniendo presente que el alfabeto griego es distinto del nuestro sin que haya equivalencia exacta en los sonidos de las letras. Pez se dice en griego *ijtüs* y cada una de las letras de esa palabra da origen a una palabra relacionada con la fe cristiana:

- I** = *Iesous*: Jesús (Dios salva);
- J** = *Jristós*: Cristo (Ungido);
- T** = *tou Theou*: de Dios;
- U** = *Huiós*: Hijo;

**S** = *Sóter*: Salvador.

Así, el cristiano que veía el diseño de un pez evocaba en su mente una frase altamente expresiva de la fe cristiana y católica: “Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador”. Una brevísima profesión de fe en el núcleo de aquello que constituye la identidad cristiana.

El **pelicano** arranca su simbolismo de una errada creencia de la zoología antigua. Se pensaba que el pelicano alimentaba a sus polluelos con su sangre, hiriéndose el pecho con el pico. Lo que sucede es que el ave regurgita semidigeridos los peces que ha tragado, y los da a sus polluelos. Como ese alimento tiene un color rojizo, de ahí vino la idea de que se trataba de la sangre del pelicano.

Santo Tomás de Aquino dice, en uno de los himnos que compuso para la fiesta del Cuerpo y de la Sangre de Cristo: “Señor Jesús, pelicano piadoso, límpiame con tu Sangre a mí, que soy inmundo, ya que una sola gota de esa Sangre puede salvar al mundo entero de sus delitos”.

Otro símbolo consiste en una letra equis, **X**, sobrepuesta a una letra **P**. Pero nuevamente hay aquí un equívoco que nace de las diferencias fonéticas entre el alfabeto griego y el latino. Muchas personas interpretan este signo como “PAX”, cuando en realidad las letras son griegas y equivalen a una J y una R, es decir las dos primeras letras de la palabra griega “Jristós” es decir, CRISTO.



En el libro del *Apocalipsis* Dios es llamado el “alfa” y la “omega”, el “principio” y el “fin” de todo lo creado (*Ap* 1, 8; 21, 6; 22, 23). Las letras “alfa” **A** y “omega” **Ω** son la primera y la última de las letras del alfabeto griego. Su representación significa que para el cristiano, Dios y Jesucristo son el punto de referencia necesario e indispensable de todas las cosas, de todas las opciones y de todos los valores. En la ornamentación, estas dos letras griegas suelen ir a ambos lados del monograma de Cristo, descrito inmediatamente antes:



La **vid** es también un símbolo ornamental frecuente y trae su origen de la alegoría de la vid y los sarmientos, en la que Jesús afirma que Él es la vid en el sentido de que Él es la fuente de la verdadera vida y que sus discípulos no pueden dar frutos de vida cristiana si no están unidos a Él (*Jn 15,1-8*).

El **pan** es un símbolo que, asociado a una **copa** o **cáliz**, evoca el misterio eucarístico. Jesús se da a sí mismo el nombre de “Pan de vida” (*Jn 6,25-59*) y la Tradición de la Iglesia mira a Jesús como fuente de vida tanto en la mesa de su Palabra, como en el banquete eucarístico. El pan contiene un simbolismo de unidad ya que se confecciona a partir de muchos granos de trigo y ese simbolismo adquiere mayor relieve aún cuando se trata del pan eucarístico, como lo señala San Pablo: “Y el pan que partimos, ¿no es la comunión del Cuerpo de Cristo? Porque el pan es uno, somos muchos un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan” (*1 Co 10,16s*).

Puede agregarse aún el simbolismo de las **flores**. Son, en general, elementos ornamentales que expresan sentimientos festivos de alegría y de belleza. Con ellas se adornan el templo, los altares y las sagradas imágenes. En los tiempos penitenciales no se las emplea o se usan con mucha moderación y parsimonia. Algunas flores tienen un simbolismo especial, como cuando se asocian las violetas a la virtud de la humildad o las azucenas a la pureza.

## CONCLUSION

Los signos y símbolos son un lenguaje rico en poder de evocación y de comunicación pero, como todo lenguaje, necesita de una iniciación y de una interpretación pues de lo contrario viene reducirse a un juego mecánico e inerte, expresión de una rutina sin espíritu ni sabor.

Así como sería inhumano prescindir de los símbolos y sería, además, un terrible empobrecimiento en el mundo de la comunicación, así el pasar por los símbolos sin prestarles atención ni atender a su fuerza sugestiva, es también una actitud árida e infecunda.

El católico mira con amor el rico y expresivo mundo de los signos y símbolos litúrgicos y religiosos que pertenece al acervo de la Tradición de la Iglesia, detrás de la cual está la acción del Espíritu Santo que la acompaña en su peregrinación. Los respeta, procura comprenderlos y saca de ellos aliciente e impulso para su vida espiritual. Y rechaza, como una refinada tentación de soberbia, tener para con ellos una actitud de menosprecio o de prescindencia.

*Pehuén 7240 Dpto. 201  
Las Condes, Santiago  
CHILE*